DT 06 17

La música de Haydn suele ser una parte pequeña, incluso inexistente, en muchas discotecas. Y sin embargo, como ya he dicho en otra ocasión, Haydn es quizás uno de los tres mayores músicos de la historia y, sin duda, uno de los tres mayores sinfonistas de todos los tiempos. Creó el cuarteto, tal como lo entendemos hoy, y lo llevó a su más alta expresión antes de Beethoven.

Fue el primero que compuso grandes y perfectas sinfonías y que hizo de la forma sonata el máximo vehículo del pensamiento musical. Y así creó el estilo clásico, el más grande y fructífero de la historia de la música. Haydn había escrito numerosas obras antes de componer su primera sinfonía, y al contrario de lo que sucede con Mozart, sus 104 sinfonías son todas buenas, aunque no sean iguales en importancia o en interés.

A primera vista, en algunos movimientos y en unas pocas sinfonías puede parecer demasiado serio, y es cierto que los movimientos poéticos, de seducción menos inmediata, son más frecuentes que los ligeros. Pero su humor va desde la mayor sutileza a la franca broma musical, sobre todo en los minuetos, y su ingenio constante es siempre vivo y perceptible en sucesivas audiciones. Pero lo que más importa es la belleza de sus obras.

Haydn es literalmente un maestro de la sinfonía. Incluso a primera vista puede notarse que la proporción, el equilibrio y el interés dramático, unidos a la gracia, a la fuerza y a la elegancia, dominan la música de Haydn. Todo ello encuadrado por un fuerte sentido estructural y un arte de los desarrollos, que son la verdadera creación de Haydn y los verdaderos creadores del cuarteto y de la sinfonía.

Haydn fue, entre todo, un músico original, un arquitecto prodigioso y un dialéctico genial de la forma sonata, de la que fue el primero en explotar las posibilidades. Los méritos, la novedad, la belleza de la sinfonía de Haydn pueden analizarse en términos de armonía y ritmo, de reintroducción del contrapunto y de la polifonía, de su uso de la melodía. Brinsky dijo que Haydn era el más grande de los maestros de la orquestación y habría que hablar también de la revolución haydniana en el color y la textura, en el timbre y la instrumentación.

Ni podemos detenernos en su contribución musical al género pastoril, quizá la forma artística más importante e influyente del siglo XVIII. Hoffman, que sabía mucho de música, escribió que oír a Haydn era como pasear por el campo y habría que escuchar los tríos de estos minuetos, pero citaré simplemente a Mozart, que entendió muy bien la esencia de su arte. No hay nadie que sea capaz de hacer todo lo que hace Haydn en su música, bromear y sobrecoger, evocar la risa y el sentimiento profundo, y de hacerlo todo tan bien.

Las sinfonías de París, y sobre todo las de Londres, de las que ya me he ocupado aquí en dos ocasiones, con al menos la 88 y la 92, deben ir incorporándose a una discoteca básica. La número 92, llamada Oxford, es una de las más populares y lo mejor que Haydn había

compuesto hasta ese momento. Parece resumir, redondear y culminar todos los logros de las anteriores sinfonías de Haydn, y algunas de las de Londres igualan, pero quizás no superan la Oxford.

Con esta obra, con la Sinfonía Praga y el Concierto Nº 20 de Mozart, el sinfonismo clásico sobrepasa por primera vez la estatura de las mayores obras del barroco. La grabación de referencia de la Sinfonía Oxford es la histórica de Maxwell Government, pero hay buenas interpretaciones modernas, la de Bernstein, con la Filarmónica de Viena, y la de Colin Davies, ambas reeditadas en compacto. Excelentes son Wem, también con Viena, y Dorati, y aceptable es la que estamos oyendo de Mariner.